

Creencias y poder alrededor del narcotráfico



Francisco E. Thoumi

Agradezco la oportunidad para compartir con ustedes algunas ideas sobre las drogas ilegales que muchos podrían considerar heréticas.

Venir a la Universidad Nacional de Colombia me causa un poco de “saudade”, como dirían en portugués, y cierto temor. Yo fui alumno en esta Universidad hace 45 años, fui profesor hace 35 años, y en ambos casos encontré que ésta era una universidad donde las ideologías o religiones seculares eran fundamentalistas y frecuentemente nublaban la ciencia. En el panel de hoy hemos criticado lo que se conoce como economía neoliberal. Entre los expositores, soy el único doctorado en la corriente principal de la economía, la cual tiene una fuerte influencia neoliberal. Desde el punto de vista de Jorge Iván Bula, mis compañeros de panel serían los infieles y yo sería el hereje, aunque más que esto, me considero agnóstico y ecléctico en economía. Infortunadamente las religiones seculares que mencioné han hecho que en esta universidad haya una tradición de intolerancia al disenso; tal vez no de parte de la mayoría de la audiencia, pero sí a través de su historia. En la Universidad Nacional de Colombia, siempre ha habido grupos que han tenido esa tendencia. Y hoy esto me fue recordado claramente cuando entré caminando a la Ciudad Universitaria y el primer *graffiti* que encontré afirmaba “Ni diálogo, ni convivencia; sólo lucha y resistencia”. Para mí encontrar un *graffiti* de este tipo en una ciudad universitaria es una contradicción fundamental, pues la universidad debe ser la institución por excelencia en donde puedan coexistir diversas ideas y opiniones que se puedan debatir y sopesar sin violencia.

Considero que en ciencia no hay verdades absolutas. Por eso, hay que evitar “las ideologías definidas como complejos de ideas o nociones que se presentan al pensador como verdades absolutas para interpretar al mundo y la situación del pensador dentro de él. Éstas además llevan al pensador a un acto de autoengaño con el propósito de justificar, ofuscar o evadir para obtener lo que en un sentido u otro le es ventajoso”¹. Creo que la forma de hacer ciencia debe ser más moderada, menos ambiciosa. Por eso adhiero a la corriente de pensamiento que afirma que no hay verdades absolutas, que básicamente lo que tenemos como conocimiento es un conjunto de hipótesis que hasta ahora no han sido refutadas empíricamente, término con el que me refiero a la estadística y sus técnicas, las cuales, sin embargo, podrían también algunos considerarlas como religión. No obstante, hay una diferencia fundamental entre la verificación empírica y las ideologías y religiones porque en estadística toda conclusión es probabilística, y por consiguiente, siempre existe la posibilidad de que sea errada. Desde ese punto de vista no puede haber una verdad absoluta, y de lo que se trata simplemente, como intelectual, es de intentar avanzar un poco en la ciencia. Considero que la función de los académicos es semejante a tomar la antorcha olímpica, avanzar 50 metros y dársela al siguiente.

Mi interés en las drogas que alteran la mente surgió simplemente porque no entendía las explicaciones tradicionales que se dan sobre por qué se consumen o por qué se producen drogas. Al empezar a estudiar el tema, encontré que en toda sociedad a través de la historia humana se han consumido drogas². Pero todas las sociedades han enfrentado los problemas que genera la adicción y han tenido que controlar ciertos comportamientos individuales que la sociedad considera como generadores de costos sociales. Los comportamientos controlados han incluido las drogas que alteran la mente, los relacionados con el sexo, los juegos de azar, y en muchas sociedades también el disenso político y religioso. Los argumentos para controlar estos comportamientos son muchas veces morales, basados en creencias profundamente interiorizadas en la población. En el caso específico de las drogas, éstas siempre han sido controladas por instituciones de la sociedad civil: la religión, la familia, los grupos de amigos, las tribus, los clanes, los clubes, etc. En general, el Estado nunca ha sido una institución muy apta

¹ Esta definición es presentada por Karl Jaspers, *El origen y metas de la historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

² El voluminoso texto de Antonio Escohotado, *Historia de las drogas*, 6a. ed., 2002, Madrid, Alianza Editorial, es un trabajo clásico al respecto.

para su control, y cuando lo ha hecho es porque otra institución, como la religión, lo ha forzado. Por ejemplo, los Estados islámicos son muy prohibicionistas hacia las drogas, pero no porque el Estado por sí mismo lo sea, sino porque su religión promueve el prohibicionismo.

Existen dos formas fundamentalmente opuestas de percibir el consumo de drogas que alteran la mente. En unas sociedades, entre las que sobresale la antigua Grecia, los estados de mente alterada causados por las drogas se consideraban parte de la experiencia humana; en algunas de las sociedades indígenas amazónicas también esto ha sido así. En muchas sociedades se acepta el consumo de algunas drogas como el alcohol y la cafeína, pero no otras drogas como la heroína y la cocaína. En efecto, no conozco una sociedad en la que no se acepte el uso de alguna droga, aunque algunas religiones como la mormona prohíben todas las drogas que alteran la mente.

Las posiciones que se toman hacia las drogas están basadas en los valores interiorizados en cada sociedad. En el campo internacional, las diferencias entre éstos llevan a confrontaciones culturales muy fuertes. En este ámbito hay tres conflictos que afectan o involucran a Colombia. El primero es un conflicto entre el puritanismo estadounidense y el pragmatismo europeo. Un puritano es quien busca una forma de vida, doctrina y culto más puros y bíblicos, cree que el ser humano es fundamentalmente depravado y que tiene que luchar contra esto, cree también que Dios elige a algunos humanos, que Jesús no murió por todos sino por algunos de ellos, que los elegidos no pueden resistir la gracia divina y que ellos liderarán la sociedad. No quiero mencionar el nombre de dos presidentes actuales que encajan en estos perfiles.

Este puritanismo está enfrentado al pragmatismo europeo respecto al consumo de drogas. Desde el punto de vista del primero, no existe la posibilidad de un uso de drogas psicoactivas como la cocaína, la heroína, o aun el alcohol, que no sea abuso de drogas. Por eso, se trata de eliminar todo consumo diferente a los usos médicos y de investigación científica. Esto lleva a una política que presenta su meta como “tolerancia cero”. Para Europa Occidental, una sociedad que después de haber padecido grandes guerras internas por varios siglos, finalmente ha logrado aceptar su gran diversidad y sobre esta base, la tolerancia, el consumo de drogas ilegales se percibe como un problema de salud pública con aristas de problema social, pero no como un problema moral. Para los europeos, el problema no es una división entre el mal y el bien, entre buenos y malos,

sino básicamente un problema de algunas personas que tienen unos comportamientos que crean problemas sociales y a quienes hay que controlar y ayudar. Es por eso que en Europa hay un movimiento muy fuerte que intenta descriminalizar algunos consumos e implementar políticas para minimizar su daño. Sin embargo, en ningún momento se está proponiendo la liberalización de la producción de cocaína y heroína o de sus mercados. Este movimiento simplemente busca tratar a los consumidores y pequeños traficantes de una forma diferente a la fuerte criminalización aplicada en Estados Unidos, país que produce más de 1.500.000 arrestos anuales y que mantiene en la cárcel a más de medio millón de personas por drogas³.

Otro conflicto importante surge entre ese puritanismo y la anomia e individualismo colombiano y andino. Dentro del imaginario colombiano, los “gringos” siempre se benefician de las drogas. El raciocinio deductivo aprendido y derivado del tomismo genera fuertes convicciones que no se pueden rebatir fácilmente. Así, se afirma con frecuencia, “si los Estados Unidos mantienen las drogas ilegales, sin duda es porque eso les genera grandes beneficios económicos”. Además, dada la gran desconfianza hacia el Estado que existe en nuestros países, cualquier norma de control se interpreta como una restricción indebida a los derechos individuales. No sorprende entonces que surja un fuerte conflicto entre las creencias de muchos colombianos y los estadounidenses, y que entre ellos exista una gran desconfianza mutua. Este conflicto se presenta de manera mucho más fuerte entre las gentes del común que entre los gobiernos. En efecto, los gobiernos colombiano y estadounidense han tendido a estar mucho más de acuerdo con las políticas represivas contra las drogas que lo que los medios hacen creer (Guáqueta, 2004 y 2005).

En los países andinos está surgiendo otro conflicto muy importante porque las drogas por primera vez le han dado poder a grupos sociales que se han considerado excluidos. Eso es especialmente evidente en Perú y Bolivia, en donde los campesinos y las comunidades indígenas por primera vez han logrado un apalancamiento y un reconocimiento a través de la producción de coca, aunque esto los involucre con el narcotráfico. En el caso

³ David Boyum y Peter Reuter, *An Analytic Assessment of U.S. Drug Policy*, Washington, D.C.: The AEI Press, 2005, es un excelente resumen de la situación en Estados Unidos. Robert J. MacCoun y Peter Reuter, *Drug War Heresies. Learning from Other Vices, Times and Places*, Cambridge University Press, 2001, es posiblemente el mejor trabajo comprensivo sobre la experiencia con las políticas prohibicionistas estadounidenses.

colombiano, Pablo Escobar siempre se sintió excluido, y la queja principal de los campesinos que están cultivando en el Putumayo es su exclusión. Allí, las drogas hacen que por primera vez el Estado intente tener presencia y ejerza su soberanía (Ramírez, 2001). Así es que tenemos tres conflictos importantes que tienen gran influencia para determinar las posiciones que las gentes tienen hacia las drogas. En otras palabras, si se identifica el origen de la persona, se puede pronosticar con un nivel de probabilidad alta cuál va a ser su posición hacia las drogas.

En todas estas posiciones surgen discursos exculpatorios, de manera que en el caso de las drogas siempre se sabe quién es el culpable: el otro. Estas posiciones exculpatorias llevan a que surjan creencias que empíricamente no son válidas. Por ejemplo en Estados Unidos se afirma que la economía colombiana creció durante los años sesenta y setenta debido a las drogas, que la economía ilegal ha contribuido al desarrollo de Colombia, que las drogas se producen en Colombia porque son rentables, la cual es una creencia que también es compartida dentro del país, donde se justifica la industria ilegal con la sentencia: “Cuando hay demanda, hay oferta”.

En Colombia, por otro lado, se afirma que la economía de Estados Unidos se beneficia de las drogas, que las grandes ganancias se quedan allá, que los “gringos” hacen muy poco o nada contra las drogas y no capturan a sus “capos”, que las sentencias contra los narcos colombianos son mucho más fuertes que contra los “gringos”. Todas éstas son creencias que se basan en impresiones y en algunas anécdotas, pero en realidad no hay estudios científicos que demuestran que esto es así, lo cual no significa que algunas de esas afirmaciones no puedan ser válidas. El hecho es que estas afirmaciones no se verifican empíricamente antes de pronunciarlas.

El mayor problema que encontré para entender la evolución de la industria de drogas ilegales surgió de la insatisfacción con la explicación de que las drogas se producen porque son rentables. Afirmar que algo se produce porque es rentable es trivial, puesto que exceptuando las organizaciones sin ánimo de lucro, ninguna empresa produciría a pérdida. Sin embargo, si la rentabilidad determinara la producción, Colombia no tendría problemas con drogas. Como la coca puede crecer en una multitud de países (unos 30), si la rentabilidad determinara la localización de su producción, habría muchos productores y Colombia sería un actor pequeño en el negocio ilegal. Cabe recordar que mientras la coca y la cocaína fueron legales, hasta 1961, Colombia no exportó un gramo de cocaína o una hoja de coca. Además, hace 90 años los grandes productores de coca y de co-

caína eran Indonesia, Malasia, Perú, Bolivia, Sri Lanka, algo en Tailandia, India, y la mayoría de esos países hoy no producen coca.

El caso de la cocaína es más dramático aún, porque el proceso de refinación de esa droga a partir de la pasta de coca puede llevarse a cabo en cualquier país del mundo. El mapa de la producción de drogas ilegales muestra una gran concentración en pocos países. El narcotráfico siempre ha estado concentrado en pocos países; la producción de coca se concentró por mucho tiempo en Perú y Bolivia, donde había una tradición de consumo muy fuerte, y en los últimos diez años se concentró en Colombia. Esta concentración no puede ser explicada por medio de la teoría económica de mercados competitivos basada en la rentabilidad. Desde la perspectiva de un análisis de Colombia es imperativo preguntar: ¿Por qué la industria de cocaína ilegal se concentra en este país?

El caso del opio es similar. A pesar de que su historia de consumo es muy larga, su producción se ha concentrado en tres países: Afganistán, Birmania y Laos producen el 92% del opio mundial. Afganistán por sí solo produce el 70%. El mapa de la producción de coca-cocaína y opio-heroína muestra que la producción de drogas ilegales y el narcotráfico siempre están concentrados en países con problemas sociales graves, guerras externas, guerras de liberación o civiles y conflictos armados internos. Éstos han sido los casos de Afganistán, Chechenia, Kosovo, Albania, etc. Se puede afirmar, por ejemplo, que países que tengan minorías étnicas que controlen territorios donde el Estado tenga presencia débil, como era la zona del noroeste de Pakistán hasta hace pocos años, son terrenos fértiles para el cultivo y para la producción de drogas ilegales.

El caso de las mafias dentro de Estados Unidos es semejante, puesto que éstas han sido conformadas mayoritariamente por inmigrantes recientes con poca lealtad hacia la sociedad amplia. Hace 100 años, las tres mafias dominantes eran italianas, irlandesas y judías. Hoy en día estos grupos han sido asimilados a la corriente principal de la sociedad estadounidense, y quienes controlan el tráfico de drogas ilegales son algunos grupos de extranjeros y otros norteamericanos que se sienten muy excluidos, como son las pandillas de los Crips, los Bloods o los Hell Angels. Es decir, el mapa de producción refleja que las drogas en general se producen y se trafican por individuos que en alguna forma u otra no aceptan las normas de una sociedad y no aceptan su ley.

Aplicando la teoría neoclásica del comercio internacional se llega a una conclusión básica: si se declara ilegal en el mundo un producto que sea

de fácil producción, cuya tecnología sea conocida y que no requiera grandes capitales, esa medida crea ventajas competitivas a los países que tengan el menor imperio de la ley y en los que las normas sociales hacia la aplicación de la ley sean laxas. En otras palabras, el problema de drogas termina siendo un problema sintomático de la debilidad de las instituciones civiles y del estado de un país. Muchas veces se afirma que las drogas se producen porque hay pobreza, desigualdad, crisis económicas o corrupción. Estos cuatro factores se presentan frecuentemente como causas del desarrollo de la industria ilegal. Estas condiciones podrían ser detonantes del desarrollo ilegal, pero no sus causas profundas. Empíricamente es perfectamente claro que la pobreza no está directamente relacionada con el narcotráfico o con las drogas. En los países andinos, Colombia siempre ha sido el menos pobre; la desigualdad en todos los países de América Latina es horrible; Colombia fue el país que menos crisis económicas tuvo entre éstos en los años setenta y ochenta; la corrupción también es extraordinariamente generalizada en la región. La pregunta que hay que hacerse al respecto, es: ¿Por qué en un momento dado una crisis genera un aumento de la criminalidad, de la producción de drogas o del narcotráfico, mientras que la mayoría de las crisis no lo hacen? Para responder esto hay que hacerse otra pregunta: ¿Qué ha sucedido en esa sociedad que la coloca en una posición tan vulnerable para que una crisis, una caída en el ingreso o un aumento en la pobreza se conviertan en detonantes que lleven al desarrollo de actividades económicas ilegales?

A propósito, preguntas semejantes surgen con relación al consumo. El mapa del consumo de drogas es igualmente contradictorio desde el punto de vista neoclásico, porque también está muy concentrado en pocos países. Es importante, entonces, en el diálogo con Estados Unidos, empezar a hacer preguntas sobre los cambios en la estructura de su sociedad que los han colocado en una posición tan vulnerable con relación a las drogas. En otras palabras, ¿qué tiene la sociedad norteamericana que hace que la gente consuma? En la misma forma, hay que preguntarse: ¿Qué tiene la sociedad colombiana para que sea el país que concentre la producción de coca y cocaína?

Este análisis me ha llevado a preguntar: ¿Por qué Colombia? En las ciencias sociales existen bastantes trabajos que sugieren y afirman que en Colombia hay una crisis de valores e instituciones muy fuerte, que hay un déficit de capital social y una falta muy grande de confianza, solidaridad y sentido de pertenencia (Gómez-Buendía, 1999; Herrán, 1987; Kalmanovitz, 1989; Yunis, 2003).

En este auditorio hay muchos jóvenes que expresan esta situación de diversas formas. La necesidad de pertenencia se muestra en las camisetas, pulseras y bolsas con letreros en que se afirma: “Yo quiero a Colombia”, pero no he visto ninguna que diga: “Yo quiero a los colombianos”, que es la afirmación que deberíamos tener para empezar a generar una sociedad sana.

Al estudiar la historia de Colombia, se encuentra que este país tiene diferencias fundamentales con el resto de la América Latina, que lo han llevado a lo que es hoy⁴. La geografía, sin duda, ha desempeñado un papel clave. Cuando llegaron los españoles tuvo lugar una colonización muy dispersa que llevó al establecimiento de muchos asentamientos muy autónomos. La débil presencia estatal en amplias áreas del territorio es una característica de varios países latinoamericanos, pero a diferencia de otros países, la dispersión de la población en Colombia hacía y hace que el control territorial sea más importante para el Estado colombiano que para otros países. Por ejemplo, en Perú si se controla Lima, Arequipa, la Costa y la zona de las haciendas de la sierra, es fácil controlar más del 90% de la población; en la mayoría de los demás países de América Latina, si se controlan dos o tres ciudades, se controla un porcentaje enorme de la población; en Colombia ese nunca ha sido el caso. La autonomía de las regiones en Colombia siempre ha debilitado al Estado central.

Colombia se caracterizó hasta hace unos 80 años por haber tenido el menor comercio internacional per cápita de América Latina. Las cifras hacia 1800 mostraban a Colombia como el segundo país con el menor comercio en términos per cápita. Eso fue muy importante porque hasta que se estableció una contabilidad formal y se pudo instituir un catastro y un impuesto a la renta, la fuente principal de recursos del Estado siempre fueron los impuestos al comercio exterior. Entonces por 400 años Colombia tuvo el Estado más pobre en términos per cápita, enfrentado al desafío más grande para hacer gastos de infraestructura e integrar al país.

⁴He desarrollado este punto ampliamente en varias publicaciones. Veánse entre otros mis ensayos: “El papel del Estado, las instituciones y el capital social en la determinación de la ventaja competitiva en drogas ilegales en la región andina”, *Coyuntura Social*, 2000; “Ventajas comparativas ilegales, el desarrollo de la industria de drogas ilegales y el fracaso de las políticas contra las drogas en Afganistán y Colombia”, *Análisis Político*, 54, Mayo-Agosto, pp. 30-48, 2005, y “Por qué razón un país produce drogas y de qué manera esto determina la eficacia de una política: un modelo general y algunas aplicaciones al caso de Colombia”. En: A. Camacho (Ed.), *El conflicto colombiano y su impacto en los países andinos*, Bogotá, Centro de Estudios Sociales, Universidad de los Andes, 2003..

En Colombia, los incentivos para el comercio interno también fueron muy débiles porque la diversidad climática alrededor de cada asentamiento hacía que cerca de cada uno se produjera la misma variedad de productos, lo que desincentivó el comercio y fortaleció la autonomía y el sentido de pertenencia regional.

Durante mucho tiempo la elite del país tuvo otro problema muy curioso que perduró durante la conquista y al menos el primer siglo de independencia. El país tenía mucha tierra fértil con relación a la mano de obra disponible. Si hubiese habido mercados libres de mano de obra y de tierra, se hubiera llegado a un sistema en el que cada español y criollo blanco hubiera tenido que echar azadón, es decir, trabajar físicamente su propia tierra. Esto fue un problema por mucho tiempo, especialmente para los hidalgos que no querían trabajar con las manos. Por eso fue necesario atar la mano de obra a la tierra. La encomienda es una de expresión de esa necesidad. Sin embargo, la abundancia tan grande de tierra permitió durante los siglos XVII y XVIII el surgimiento de comunidades fuera del control del Estado, formadas por indígenas, mestizos, algunos criollos y negros que simplemente se iban al monte y lograban aislarse y sobrevivir. Los palenques, por ejemplo, fueron expresión de esto. En esos sitios no solamente no había muchos controles al comportamiento individual, sino que el Estado siempre se percibió como un enemigo. Si ustedes leen a García Márquez en *Cien años de soledad*, cuando el corregidor llega a Macondo la primera expresión de los Buendía fue: “Usted qué está haciendo acá si no hay nada que corregir. Nosotros creamos a Macondo sin el Estado y usted ahora viene a cobrar impuestos”. Básicamente el Estado central siempre se percibía como un enemigo. Esto llevó a una diversidad cultural muy profunda; se ha hablado de la República Independiente de Antioquia, etc. Ya hoy los acentos han disminuido, pero hace 50 años en Colombia se identificaban fácilmente por lo menos una docena de acentos distintos de gentes que culturalmente eran muy diferentes.

Otra diferencia significativa que tuvo Colombia con América Latina se debe a la campaña del Sur de Simón Bolívar, la cual fue financiada con endeudamiento externo especialmente inglés. Al disolverse la Gran Colombia, la deuda externa se dividió de acuerdo con la población que tenían Colombia, Venezuela y Ecuador. Colombia era el país con más población y menor capacidad de pago de la deuda. Así que hasta los años veinte del siglo pasado, y durante 100 años, Colombia tuvo un problema crónico de endeudamiento externo que se expresó en una serie de renegociaciones de

la deuda y que no le permitió tener acceso a los mercados de capital internacional (Junguito, 1995).

Por eso, hace 100 años Colombia era de los países más pobres de América Latina, y a su vez un país totalmente aislado del mundo. Esto influyó para que Colombia se convirtiera, como lo afirmó célebremente Alfonso López Michelsen, en el Nepal de América Latina, y en un sitio impermeable a las ideas extranjeras. En ese país se reencarnó de manera muy profunda la ideología española católica tradicional, hasta el punto que la Constitución de 1886 quiso replicar la España del siglo XVI. No sorprende entonces que Colombia sea el país con menos inmigrantes per cápita en América Latina, especialmente inmigrantes no católicos, y que su legislación haya sido y continúe siendo muy hostil a los extranjeros. El Concordato con la Santa Sede en 1887, al darle a la Iglesia católica el control de la educación y de las relaciones civiles, hizo a Colombia profundamente hostil a los protestantes y judíos cuando la tecnología en el mundo era protestante.

Las bonanzas de productos básicos en Colombia también fueron distintas a las de los países de América Latina. Aquí tuvimos añil, quina, cacao, caucho y bananas, pero en lugares distintos, lo que generó una serie de bonanzas muy cortas en cada lugar. En el resto de países latinoamericanos, la mayoría de las bonanzas se repetían en el mismo sitio. Los precios de productos básicos subían y bajaban, pero al menos en esos sitios se mantenía la comunidad. Por ejemplo, en las minas de Chile, Perú y Bolivia, y en las pampas de Argentina se padecieron ciclos económicos, pero permitieron que se crearan comunidades estables que desarrollaron tejidos sociales.

Los partidos políticos colombianos han sido atípicos precisamente por la falta de identidad nacional y la incapacidad del Estado para controlar territorios y de crear nación. Los partidos remplazaron al Estado en el sentido de que las lealtades que la gente siente a su nación se sentían hacia el partido Liberal o Conservador. Así, la gente nacía con pertenencia a un partido.

El Frente Nacional despolitizó a los partidos, separó completamente la política de la economía y convirtió al Estado en un botín que se repartía entre los políticos. Los partidos perdieron sus agendas de política, lo que permitió una gran autonomía para mis colegas de la tecnocracia económica que pudieron manejar la economía en forma bastante independiente de la política. Por eso, durante los últimos 50 años los gremios económicos y los

grandes grupos financieros han tenido mucha más influencia en la determinación de las políticas económicas que los partidos políticos.

Todos éstos son factores que han hecho que en Colombia el sentido de pertenencia y la identidad con la nación sea mucho más débil que en otros países de la región. Las comunidades indígenas en Colombia también contribuyeron a este resultado en la medida en que fueron suficientemente fuertes durante la conquista, pero demasiado débiles para sobrevivir culturalmente. El campesino colombiano puede tener sangre indígena pero no es indio culturalmente. En efecto, la organización chibcha no era un imperio sino un conjunto de cacicazgos donde había una gran autonomía regional pero no un Estado central. En el siglo XX se experimentó una gran expansión de la frontera rural sin una presencia estatal fuerte, lo que contrasta con lo que aconteció en Perú y Bolivia en el Alto Huallaga y en el Chapare, cuyas colonizaciones fueron promovidas por el Estado. La expansión de la frontera rural en Colombia también estuvo promovida por la violencia que tuvo como efecto un fuerte desarraigo de los migrantes, en contraste con lo que se encuentra en el resto de América Latina. En Perú, Bolivia y Ecuador, por ejemplo, los migrantes que han ido a la ciudad regresan a su aldea y mantienen sus vínculos con las sociedades de donde ellos vienen. En cambio en Colombia muchos emigrantes son desarraigados completamente.

Los militares en Colombia también han sido diferentes. En la mayoría de los países, las Fuerzas Armadas son instituciones que generan identidad nacional y pertenencia, y tienen un gran respeto dentro de la sociedad. En el caso de Colombia, los militares han fracasado en ese aspecto. Es notable, por ejemplo, que en el Congreso actual haya solamente una persona, un ex sargento, con experiencia en las Fuerzas Armadas, mientras que hay varios ex guerrilleros. En el resto de América Latina se encuentra que los ex militares participan activamente en política y son elegidos para ocupar altos cargos. En Estados Unidos, el actual secretario de Estado es un ex general. En Colombia la gran mayoría de los militares han sido y son invisibles.

Todos estos elementos han contribuido a que en Colombia surja un país con un individualismo extremo, en donde el capital social se reduce a lo que Putnam llama capital social aglutinante entre personas de la misma familia o muy cercanas entre sí, lo que aquí llamaríamos “roscas”. Pero para que una sociedad funcione se requiere un acervo de capital social abarcador que forme un puente entre gente que sólo tenga en común ser colombiana, y entre diferentes grupos, de manera que se reconozca la

dignidad y la humanidad de los otros diferentes, aunque no sean amigos o no tengan mucha semejanza en su profesión o en su origen. Esta clase de capital social en Colombia es muy escasa. No sorprende que en muchas de las encuestas, cuando se pregunta al colombiano: ¿Qué es lo que usted más quisiera tener? La respuesta es: dignidad de trato. Esto ha llevado a Hernando Gómez Buendía a concluir que en Colombia persiste una lógica individual muy fuerte, que el colombiano es una persona que sobrevive en cualquier sitio porque en Colombia se producen gentes extraordinarias, porque es una sociedad con pocos y muy débiles controles sociales al comportamiento y en la que el Estado no puede tampoco imponerlos. Esto implica que un colombiano bueno sea el mejor del mundo, pero que un colombiano malo sea el peor, porque no hay nada que lo controle.

Así es que Colombia es hoy no sólo el primer productor de coca y cocaína, eso lo sabemos todos, sino también el primer falsificador de dólares y el primer productor de secuestros del mundo; el segundo país en número de desplazados y niños guerreros; es un sitio donde se considera perfectamente razonable falsificar credenciales y copiar software; es el sitio en que se acuñaron las palabras desechable y paseo millonario, dos de los peores eufemismos en la jerga colombiana que he conocido. Es cierto que la criminalidad y la falta de respeto a las normas no son un monopolio de Colombia. El punto es que estas características están mucho más acentuadas en Colombia que en otros países, lo que ha generado una desconfianza enorme, ha hecho que la seguridad se haya privatizado, y que la corrupción y el robo al Estado hayan tomado formas notables. El capitalismo colombiano es rapaz y la propiedad es fundamentalmente ilegítima en el sentido en que en el imaginario colombiano se sabe que quien tiene mucho dinero lo hizo de forma mal habida. Por eso el secuestro se puede interpretar fácilmente como un sistema de transmisión de rentas; es decir, si en el imaginario de muchos la riqueza está asociada al privilegio y no a la contribución de la persona a la sociedad, entonces “si yo no tengo privilegios, mi estrategia de segundo mejor es secuestrar a quien ha tenido esos privilegios”. Por eso el fondo del problema no radica en si Colombia es capitalista, comunista o socialista, porque hay un problema cultural mucho más profundo. Si Colombia fuera socialista o comunista, también sería rapaz, y se tendría una nomenclatura del partido dominante que se apropiaría de la riqueza.

Creo que para avanzar en el debate sobre las drogas es imprescindible reconocer por qué un país produce y por qué un país consume drogas. Si continuamos repitiendo: “El problema es que cuando hay demanda hay oferta”, y creyendo que los Estados Unidos se enriquecen con las drogas,

no es posible avanzar el debate sobre las drogas ni cambiar el enfoque de las políticas, lo cual es mucho más importante para Colombia que para Estados Unidos por el desequilibrio de los poderes entre los dos países. Cuando hay un enfrentamiento entre un débil y un poderoso, es importante que el débil tome una posición que no sea moralista, que no satanice al fuerte, a menos que quiera que lo invadan o dominen.

Mirando hacia el futuro, puede ser posible promover el debate reconociendo fundamentalmente las deficiencias institucionales de la sociedad colombiana que han hecho que Colombia produzca las drogas y que sea un país que produzca el narcotráfico. Y con base en esto poder preguntar a Estados Unidos y a los países europeos: ¿Cuáles han sido los cambios en su sociedad que los han hecho vulnerables a las drogas? En esa forma se podría empezar a atacar las causas profundas de la producción, el tráfico y el consumo de drogas, y no seguir con políticas que simplemente ataquen los síntomas y que no contribuyan a soluciones de largo plazo.

Para terminar quiero simplemente pedir, a todos ustedes, a los jóvenes que están hoy acá, perdón a nombre de mi generación y la de sus padres por el país que les hemos dado y por la ética que les hemos inculcado. Ustedes tienen hoy en día un desafío extraordinariamente grande que les hemos dejado como herencia. El futuro es de ustedes y yo simplemente pido que nos perdonen.

Bibliografía

- Boyum, David y Peter Reuter. 2005. *An Analytic Assessment of U.S. Drug Policy*, Washington, D.C.
- Escotado, Antonio. 2002. *Historia de las drogas*, Madrid: Alianza Editorial.
- Gómez-Buendía, Hernando. 1999. "La hipótesis del almendrón". En: Gómez-Buendía, H. (Ed.) *¿Para dónde va Colombia?*, Bogotá: TM Editores-Colciencias.
- Guáqueta, Alexandra. 2004. *Reglas de amigos: el impacto de la guerra anti-drogas en las relaciones Colombia-Estados Unidos*, Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- . 2005. "An historical approach to explaining why and how the US became involved in the Colombian conflict", *Journal of Drug Issues*, 35: 1.
- Herrán, María Teresa. 1987. *La sociedad de la mentira*, Bogotá: Fondo Editorial Cerec- Editorial la Oveja Negra.
- Jaspers, Karl. 1990. *El origen y metas de la historia*, Madrid: Alianza Editorial.

- Junguito, Roberto. 1995. *La deuda externa en el siglo XIX. Cien años de incumplimiento*, Bogotá: TM Editores – Banco de la República.
- Kalmanovitz, Salomón. 1989. *La encrucijada de la sinrazón y otros ensayos*, Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- MacCoun, Robert J. y Peter Reuter. 2001. *Drug War Heresies Learning from Other Vices, Times and Places*, Cambridge University Press.
- Ramírez, María Clemencia. 2001. *Entre el Estado y la Guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos coccaleros del Putumayo*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Thoumi, Francisco E. 2000. “El papel del Estado, las instituciones y el capital social en la determinación de la ventaja competitiva en drogas ilegales en la región andina”. En: *Coyuntura Social*.
- . 2005. “Ventajas comparativas ilegales, el desarrollo de la industria de drogas ilegales y el fracaso de las políticas contra las drogas en Afganistán y Colombia”. En: *Análisis Político*, 54.
- Yunis, Emilio. 2003. *¿Por qué somos así? ¿Qué pasó en Colombia? Análisis del mestizaje*, Bogotá: Editorial Temis.